

Apuntes sobre la noción de afectividad colectiva¹

Comments about the concept of collective affectivity

Ángela María Martínez Chaparro*

Recibido: 15 de abril de 2010 **Aprobado:** 25 de abril de 2010

RESUMEN

El presente texto, que se suscribe en el paradigma de la psicología social crítica, trata la temática de la afectividad colectiva, revisando en un primer momento las nociones clásicas en psicología sobre los afectos como proceso individual para, posteriormente, esbozar la premisa sobre la afectividad como una construcción social y colectiva, noción revisada desde los planteamientos de Pablo Fernández Christlieb, quien alude a la función cultural que cumplen los afectos en el plano de la vida social.

Palabras clave: afectividad colectiva, emoción, sentimiento.

ABSTRACT

This text is approached from the paradigm of critical social psychology, addresses the issue of collective emotional, revised in first moment the classic concept in psychology about affects understood individual process for then sketch the affectivity as social and collectivity construction. Notion understood mainly from the approaches of Pablo Fernández Christlieb, who allude to the cultural function of the affects in the social life.

Keywords: collective affectivity, emotion, sentiments.

¹ Artículo derivado de la investigación "Sistematización de una experiencia de acompañamiento psicosocial con víctimas de la violencia sociopolítica en el Valle de Aburrá", realizada como trabajo de grado de la especialización en Psicología Social Aplicada.

* Especialista en Psicología Social Aplicada (c), docente de la Facultad de psicología de la Universidad Cooperativa de Colombia, seccional Medellín, correo electrónico: angemariam@hotmail.com

Introducción

Este trabajo asume que los fundamentos de la vida humana se construyen en relación con los afectos, categoría social que moviliza a los sujetos, grupos y colectivos a las acciones y que motiva gran parte de la experiencia humana. La afectividad interviene en cada una de las actividades del ser humano, incluso, en aquellas conferidas exclusivamente al plano del pensamiento, de tal manera que los afectos se convierten en un proceso de relación con los otros en la medida que están dotados por el sentido y significado que cada sujeto, grupo y colectivo les van confiriendo de acuerdo a la experiencia sociocultural en la cual se inscriben.

La afectividad es un evento que no pasa por el discurso, por la conciencia o por la racionalidad, aunque sí pasa por la vida, de manera que la afectividad puede ser definida como aquella parte de la realidad que antecede y/o excede al lenguaje (Fernández, 1994, p. 99).

Según lo anterior, la afectividad no puede ser explicada por la vía del lenguaje racional, sino por las funciones y efectos desde el marco social, cultural e histórico en el cual se desarrollan los sujetos, grupos y colectivos (Gergen, 1996; Bauman, 2003). En este sentido, una de las tareas fundamentales de la psicología y, en general, de las ciencias humanas y sociales, debería centrarse en la revisión desde un plano contextual de la categoría afectividad, como lo señala Fernández Christlieb: “La tarea y el proyecto principal de la psicología debe ser la teorización de la afectividad (Harré, Clarke y De Carlo, 1985) como aspecto constitutivo de la subjetividad e intersubjetividad humana y elemento constructor de realidades” (1994, p. 99).

De hecho, un basto número de investigaciones en psicología ha intentado aproximarse a las nociones de afectos y emoción, construyéndolas desde marcos descriptivos para etiquetar y clasificar las emociones hasta modelos explicativos de los procesos neurológicos involucrados en las reacciones y comportamientos emocionales. Un ejemplo de ello lo muestran los estudios de James y

Lange, Cannon y Bard (Páez y Adrián, 1993) y Shachter (Morales, Paéz, Kornblit y Asún, 2002), teorías centradas en descubrir el mecanismo de activación emocional del ser humano y, por tanto, en la localización de la emoción como un proceso interno.

Es así como la gran mayoría de estos estudios clásicos se han situado desde una perspectiva individualista² de la noción de afectos, partiendo muchos de ellos de la premisa sobre la cual los afectos, así como “sus constitutivos”, la emoción y los sentimientos, son procesos inherentemente intrapsíquicos que, si bien emergen en las relaciones interpersonales, son procesados y organizados desde lo individual a partir de experiencias significativas. Sin embargo, plantear descripciones ancladas en los procesos internos, exclusivamente, y aislándolas de las relaciones en las que se inscriben, así como de las funciones sociales y culturales que cumplen, termina convirtiéndose en explicativos reduccionistas desde los planos biológico y psicológico de la afectividad.

El presente escrito parte de una perspectiva que intenta reflexionar sobre la afectividad como una dimensión inherentemente social, constituida y construida en la acción social. Se parte, entonces, de la premisa según la cual al hablar de la afectividad, “siempre se trata en última instancia de una afectividad colectiva, esto es, generada, expresada y sentida por la colectividad más allá de sus individuos” (Fernández, 1994, p. 99), que contiene, en su construcción, una función sociocultural determinada ya que, en sí mismos, los afectos son fuerzas que impulsan acciones orientadas a la creación, desarrollo e incluso a la destrucción.

Concepciones sobre la afectividad

Es pertinente iniciar con la revisión sobre las tendencias dominantes en la psicología acerca de la noción de afectividad, aclarando que en ella se integran las categorías alusivas

² La noción individualista alude a las explicaciones sobre los fenómenos, procesos y acciones del ser humano en términos de variables exclusivamente intrapsíquicas.

a los fenómenos afectivos como emoción, pasión, sentimiento y estado de ánimo (Páez, Echebarría y Villarreal, 1989).

Los enfoques tradicionales han privilegiado al yo individual como la unidad central de análisis, a partir del cual se explican los fenómenos. Es así como la racionalidad, el lenguaje, las emociones, el pensamiento, han sido ampliamente investigados y abordados desde la óptica individualista según la cual la mente es inherente a los procesos intrapsíquicos.

Estas teorías han puesto en escena a la mente como un producto individual que, si bien se ve influenciada por factores externos, éstos aparecen como variables independientes, pero no como constitutivos de ésta. El riesgo y el problema de dichas concepciones se sitúa en los efectos ideologizantes que produce; siguiendo a Gergen (1996), la racionalidad individual que lleva al empobrecimiento colectivo en la medida en que se pone por encima los beneficios del bienestar individual.

Esto limita el estudio de los fenómenos al ponerlos en el plano de lo psicologizante, y fortalece ejercicios de control y poder de las instituciones dominantes. Es así como el enfoque del yo individual, a la hora de entender las emociones, deja de lado lo inherente a la emoción misma: las relaciones en la cuales se produce; de esta manera, los enfoques individualistas ponen al afecto como categoría que opera hacia el exterior de la relación, comprensible sólo desde el individuo y resultante de toma de decisiones privadas y no de intercambios sociales y simbólicos.

El enfoque del yo individual ha dominado gran parte de la literatura sobre las emociones; de tal forma, las tradiciones clásicas en psicología se han interesado en desarrollar modelos teóricos que explican la emoción en relación a variables intrapsíquicas y en cómo ésta representa un rasgo constitutivo e inherente al individuo singular. En esta línea, las orientaciones en psicología cognitiva clásica han direccionado sus modelos explicativos de los afectos a definiciones centradas en sus componentes y sustantivos; desde esta perspectiva,

el componente afectivo se ha relacionado con categorías como la actitud, la interrelación entre cognición y afecto, la interacción entre memoria y afecto, y explicaciones sobre la relación entre afecto y juicios sociales (Páez y Carbonero, 1993).

Dentro de estas concepciones clásicas sobre emoción se encuentran descripciones que alejan al sujeto de la afectividad, como un proceso ajeno a éste, en términos de tiempo y elección; siguen, así, los estudios de Averill, que planteaban cómo la emoción se concebía en términos de un fenómeno, relativamente aislado en el tiempo, que sufrimos con independencia de nuestra voluntad y que se produce con respecto a un objeto o persona concreta que consideramos importante (1998).

Asimismo, estos estudios clásicos empiezan a categorizar elementos ligados a la afectividad, emergiendo en estas tradiciones una necesidad imperante de establecer características diferenciadores entre emoción y estado de ánimo. La emoción se caracteriza por ser de corta duración, siempre es sobre algo o alguien, de alta intensidad y como forma de reacción frente a determinadas situaciones; mientras que el estado de ánimo es difuso y global dado que carece de un objeto concreto que lo provoque, es de mayor duración y menor intensidad, es originado por acontecimientos e influye en la productividad y en la salud física y mental (Morales et ál., 2002). También se describe el afecto como “la molécula básica” de todos los fenómenos emocionales. Se constituye en el núcleo de las emociones y representa el eje fundamental del psiquismo humano; la afectividad se define como un término genérico que designa el sentimiento de placer o dolor que acompaña a las emociones (Morales et ál., 2002).

Otra de las descripciones sobre el afecto, como las señaladas por Scholsberg, narran cómo las reacciones afectivas pueden localizarse en cierto espacio donde se construye en una serie de etiquetas emocionales sobre las cosas, situaciones y personas; etiquetas que influyen en la percepción y el juicio sobre los

objetos. Desde esta perspectiva, el afecto está constituido por dos aspectos: la evaluación de la situación y la activación orgánica; la primera está dada por la observación de las situaciones y la percepción de la conducta de los otros; la segunda es la reacción orgánica del sujeto frente a los hechos u objetos. Esta mirada explicativa de los afectos se basa en los estudios y las descripciones de Shachter y Singer sobre las emociones, enfoque al cual se le denominó modelo bifactorial (Morales et ál., 2002).

En esta misma línea cognitiva aparecen los estudios explicativos de Richard Lazarus sobre la emoción, relacionada con la función adaptativa y de supervivencia de ésta, teoría que plantea que la afectividad se entiende como una forma de procesamiento cognitivo automático, instantáneo y no consiente, y que tiene consecuencias importantes e instantáneas para la supervivencia humana al activar los sistemas de alarma del organismo y, de esta manera, responder ante posibles amenazas (Paéz y Carbo-nero, 1993). Si bien esta función adaptativa de la emoción explica los mecanismos de activación internos para responder a las amenazas o estímulos del exterior, estos sistemas hacen parte de un engranaje³ sociocultural a partir del cual interpretamos, significamos y le damos sentido a esas experiencias.

Así como la psicología cognitiva se ha interesado en el estudio de las emociones, también lo han hecho otras tradiciones en psicología como el humanismo, el cual se interesa de modo especial por los temas específicamente humanos, por ejemplo, el amor, la creatividad, las motivaciones, la búsqueda de sentido, aceptando la variabilidad de las motivaciones y suponiendo que la persona cuenta con amplios intereses que no son necesariamente los diferentes disfraces de una o dos pulsiones originales, como lo plantearían las vertientes psicoanalíticas. En términos de Lersch (1974), más allá de las tendencias de la vitalidad y del yo individual, el ser humano dispone

de genuinas tendencias transitivas que no son conscientes con la sublimación de otras tendencias, sino que tienen entidad propia.

De acuerdo con Maslow (1992), en los seres humanos existe una voluntad activa hacia la salud que se expresa mediante el crecimiento de las potencialidades humanas. Sin embargo, sólo una pequeña parte de la población alcanza la identidad, la plena humanidad, la autorrealización. Para este autor, la vida humana entra en tensión permanente; si bien aparecen la angustia y la neurosis en la experiencia, éstas son esperanzadoras porque ambas son un esfuerzo por conseguir la plena humanidad. Es así como, para el autor, el odio, la aversión, los estados de infelicidad así como los estados de plenitud, de alegría, son formas de hacerse sentir, de hundirse en la existencia y de afrontar el propio vacío. Sin embargo, en la perspectiva de Maslow las aproximaciones a la denominación de afectividad y emocionalidad son un sustrato de la tensión que conduce a los sujetos a la búsqueda de la felicidad como opción de autorrealización, siendo una elección particular individual y no producto de la interrelación.

Discusión y problematización

En términos generales, las tradiciones teóricas sobre los afectos se han situado en la explicación racional, adaptativa e individualista del fenómeno. Muestra de ello es la cantidad de autores en esta línea que han centrado sus estudios en función de sistemas y variables individuales, dejando de lado lo fundamental e inherente de los afectos: las relaciones. “¿No es acaso en la relación donde se tejen los afectos?”. Es desde esta apuesta que varios autores contemporáneos empiezan a revisar la noción de afectos y “emociones como rasgos constitutivos no de los individuos sino de las relaciones” (Gergen, 1996, p. 259).

Para intentar “reinterpretarlas como acciones sociales que derivan su significado e importancia de su situación dentro de los rituales de relación” (Gergen, 1996, p. 269), estas

³ La palabra “engranaje” alude a los dispositivos y mecanismos socioculturales a partir de los cuales significamos las situaciones y las ubicamos en una emoción determinada.

posturas sostienen que las emociones no están incrustadas en lo profundo de la psique, ni son producto de reglas sociales, sino que se configuran en las relaciones. Sin embargo, para entrar en la lógica de esta perspectiva sobre la emoción y la afectividad, los autores parten de un señalamiento fundamental: al trascender del mito de la mente individual (el *yo*) a la comprensión de la construcción social del *yo*, este *yo* pasa a ser nombrado en términos de subjetividad. Al ampliar la dimensión individual hacia el marco de interrelación, la subjetividad emerge como configurada en estas redes de relaciones, trascendiendo el arraigo individual y convirtiéndose en un producto simultáneo e interdependiente de los planos social e individual (González, 2002).

Es decir, el sujeto no es una variable independiente sino que se configura dentro de los procesos sociales en los cuales está inmerso, procesos que no son externos a él, sino que configuran a ese sujeto. El pensar el asunto de la subjetividad desde una dialéctica recíproca de procesos que se van construyendo a partir del significado de las relaciones sociales, permite dar una nueva visión a la noción de afecto como un fenómeno colectivo.

Desde esta perspectiva, los afectos no pueden ser leídos a la luz de variables individuales, sino que tienen que situarse en el ámbito de las relaciones donde se configuran y emergen, y donde se plasman en la subjetividad. Aludiendo a este asunto, autores como Fernández Christlieb plantean la necesidad de un giro en la forma de acercarse a los fenómenos inherentes a los afectos:

El observador tendrá la tarea banal de traducir la experiencia o afectividad colectiva en otro lenguaje, en el de la crítica, el del análisis de lo cotidiano, que por compartido y tácito usualmente es invisible para quien es parte de él, excepto como sabemos ya, en caso de transgresiones y alteraciones. Tal análisis requiere de una aproximación epistemológica alejada de los procedimientos analíticos de las ciencias naturales (2004, p. 67).

Esta lectura permite acercarse a los afectos como un asunto de lo cotidiano, de lo dado

en la relación y vinculación con el otro, que está íntimamente ligado a los patrones socio-culturales que delimitan, definen y orientan la vivencia de los afectos, como lo señala Harré:

Las emociones se sitúan dentro de las redes de significados culturales y es desde ahí como cada sociedad va construyendo unas formas particulares de nombrar, manifestar, expresar las emociones y dar significado a las mismas en función de las condiciones sociales (citado por Gergen, 1996).

Es desde las variables históricas, sociales y culturales que se van tejiendo las emociones; por eso no basta con describir la estructura fisiológica, el mecanismo adaptativo, los procesos internos involucrados en la expresión de dicha estructura, o realizar una taxonomía de las ellas; es necesario entenderlas en el marco de lo social no como una relación de exterioridad sino de interioridad.

Es evidente, en la contemporaneidad, que lo que algunos nombran como expresiones emocionales varía de una cultura a otra o de un periodo histórico a otro. Es así como los afectos sólo pueden ser leídos en el marco de escenarios a partir de los cuales se derivan y de los significados que el sujeto le va dando a la situación. Esta perspectiva lleva a pensar en las emociones dentro de las redes de significado cultural que van señalando modos y formas particulares de la vivencia de la afectividad. De este modo, el discurso emocional consigue su significado no en virtud de su relación con el mundo exterior, sino por el modo en que éste aparece en las pautas de la relación cultural (Gergen, 1996), pues ellas constituyen la vida social misma.

Un ejemplo de la anterior afirmación sobre la afectividad, entendida en términos de las variables sociales y culturales en juego, lo plantea Elizabeth Lira en su texto “Psicología de la amenaza política y el miedo”, en el que va narrando la manera en la cual las emociones, como el miedo, se van constituyendo en uno de los efectos colectivos y generalizados de la represión y amenaza política en contextos de terrorismo de estado, alejándose de la tradición adaptativa y funcionalista de la emoción:

“La amenaza política presente en la mayoría de las dictaduras latinoamericanas fue progresivamente generando una reacción subjetiva de miedo generalizado en la mayoría de las personas” (Lira, 1991, p. 286). La existencia de una amenaza permanente de aniquilamiento, exterminio y desaparición o pérdida de las libertades civiles y políticas, de manera sistemática, generó una serie de respuestas de angustia y miedo en las comunidades afectadas, producto no de las variables internas sino de las relaciones construidas en escenarios de violencia sociopolítica.

Pasamos, entonces, de una postura individualista en la que los afectos son producto de un proceso intrapsíquico en relación con las variables externas, a pensar en la afectividad como una construcción subjetiva que se configura en el marco del entramado de relaciones sociales: enfoque que abre todo un campo de exploración y análisis sobre fenómenos contemporáneos (sexualidad, convivencia, apoyo social) a luz de una afectividad configurada en lo colectivo y no simplemente como producto de la actividad individual. Es así como Fernández Christlieb (1994) nos plantea una concepción de la afectividad construida en lo colectivo que puede aparecer en la forma de estados corporales, secreciones endocrinas, actividades, gestos, objetos, artes, imágenes, etcétera, y que, de cualquier manera, son la parte sustancial de los motivos, valores, significados, aspiraciones o desilusiones (Calhoun y Solomon, 1984). Asuntos que van enclavados en las intencionalidades socioculturales que se tejen sobre ellas mismas y sus efectos sobre la construcción de realidad.

Para Fernández Christlieb “la afectividad cumple el papel del movimiento social, es decir, alterar, transformar, mover, presionar” (1994, p. 99); este señalamiento es la base para formular nociones relacionadas con la afectividad a partir del papel que juegan las emociones en la sociedad o lo colectivo que las configura. Desde allí, emociones como la alegría, la pasión, el amor buscan generar efectos de cuidado y protección de la unidad social, mientras que emociones como la ira, la rabia, la angustia, se sitúan del lado de la destrucción del tejido social. Siguiendo a Savater, “La mayor parte de los sentimientos, afectos, pasiones y emociones, cumplirían labores de resguardo y conservación de un círculo cultural, fomentando la cohesión, corrigiendo anomalías, evitando disgregaciones” (citado por Fernández, 1994, p. 102).

Desde este enfoque, las emociones y los afectos no pueden ser leídos al margen de las relaciones y los contextos en los cuales se desarrollan el sujeto y los grupos, pues su función cultural entraña, en sí misma, una necesidad de volcarse al entramado histórico-social para comprender y aproximarse a las manifestaciones y procesos de la afectividad.

A manera de conclusión

Los estudios sobre afectividad, en términos de la noción colectiva, deben retomar y reconstruir los afectos en función de los escenarios sociales en donde éstos se construyen y se recrean; escenarios que permiten la comprensión de las emociones en función del papel que cumplen en determinados contextos y no como entidades intrapsíquicas inherentes exclusivamente al proceso individual. ■

Referencias

- Averill, J. R. (1998), "Un enfoque constructivista de la emoción", en Mayor, L. (comp.), *Psicología de la emoción. Teoría básica e investigaciones*, Valencia, Promolibro.
- Bauman, Z. (2003), *Amor líquido*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Calhoun, C. y Solomon, R. (1984), *¿Que es una Emoción? Lecturas Clásicas en Psicología Filosófica*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Fernández, P. (1994), "La afectividad colectiva y su geometría política", en *Comportamiento*, vol. 3, núm. 2, pp. 99-111.
- (2000), *La afectividad colectiva*, México, Taurus.
- Gergen, K. (1996), *Realidades y relaciones*, Barcelona, Paidós.
- González Rey, F. (2002), *Sujeto y subjetividad: una aproximación histórico-cultural*, México, Thomson.
- Harré, R.; Clarke D. y De Carlo, N. (1985), *Motivos y Mecanismos. Introducción a la Psicología de la Acción*, Barcelona, Paidós.
- Lersch, P. (1974), *La estructura de la personalidad*, Barcelona, Scientia.
- Lira, E. (1991), *Psicología de la amenaza política y el miedo*, Chile, ILAS.
- Maslow, A. (1992), *La personalidad creador*, Barcelona, Kairós.
- Morales, F. et ál. (coords.) (2002), *Psicología social*, Buenos Aires, Prentice Hall.
- Páez, D.; Echebarría, A. y Villarreal, M. (1989), "Teorías psicológico-sociales de las emociones", en Páez, D. y Echebarría, A. (eds.), *Emociones: perspectivas psicosociales*, Madrid, Fundamentos.
- Páez, D. y Adrián, J. (1993), *Arte, lenguaje y emoción. La función de la experiencia estética desde una perspectiva vygotskiana*, Madrid, Fundamentos.
- Paéz, D. y Carbonero, A. (1993), "Afectividad, cognición y conducta social", en *Psicothema*, vol. 5, pp. 133-150.
- Savater, F. (1988), *Ética como amor propio*, Madrid, Mondadori.